

La calle para el jueves 23 de septiembre de 2010

Diario de un espectador

Las mujeres del alba

Miguel ángel granados chapa

El 23 de septiembre de 1965, un día como hoy, hace cuarenta y cinco años, un grupo insurgente que supuso posible combatir al Estado con la fuerza de las armas, asaltó el cuartel militar de Ciudad Madera, Chihuahua. Su intento fracasó, pero generó una tradición que se expresa en que años más tarde otro grupo guerrillero adoptó como divisa la fecha del acontecimiento (Liga comunista 23 de septiembre). También dio lugar a literatura que narra o recrea la breve escaramuza.

Carlos Montemayor conoció, como investigador, muy de cerca ese acontecimiento. Habló con la gente de Ciudad Madera que tuvo relación con los pioneros de una guerra fallida. Y emprendió un relato sobre ese episodio, que concluyó en noviembre de 2009, meses antes de su fallecimiento. La novela póstuma del notable escritor, académico de la lengua, Premio nacional de letras, apareció hace poco. No hubo mujeres combatientes, pero *Las mujeres del alba* narran el miedo, las vivencias, la angustia, el pensamiento de las madres, esposas, hermanas, novias de los insurrectos muertos.

He aquí, por ejemplo, lo que Montemayor puso en labios de Montserrat (una de las dos protagonistas, madre e hija, del mismo nombre):

“Son ellos”, pensé desde que oí el primer disparo. Sentí que había despertado antes, que lo estaba esperando. En la oscuridad de la habitación me di cuenta de que mis hijos se habían incorporado, que permanecían sentados en la cama; adivinaba sus miradas. Oíamos el tiroteo y explosiones, gritos. Por varios momentos sentí que estaba mareada. Se acercó mi hija mayor, Montserrat, y me tomó de las manos. La abracé y acaricié su pelo; un temblor recorría su cuerpo. Mis hijos más pequeños seguían sin moverse, en la cama. Me vestí lo más rápido posible. ‘Ya pasó lo que iba a pasar’, les dije. ‘Levántense, mis hijos, porque tenemos que salir, no nos podemos quedar aquí’. Los ayudé a vestirse y luego me ocupé del más pequeño, de Trini, que apenas tenía un año. Me asomé por la ventana: dejé que mis hijos también se acercaran. La gente corría afuera y el tiroteo continuaba a lo lejos. Vi la pista de aterrizaje vacía, sin movimiento, muy cerca de nuestra casa. Pregunté si les daba de comer algo, pero los niños no querían, tenían miedo, no sabían lo que pasaba. También a lo lejos sonó el silbato del ferrocarril. Yo sabía que eran ellos. ‘¿Cuándo habrán llegado?’, me preguntaba. Pero no quería pensar mucho. Salvador, mi marido, me lo había advertido. Debía hacer lo que me había dicho. Dejamos de escuchar los disparos cuando había aclarado la mañana. ‘Ahora, mis hijos, salgamos’, les dije. Yo llevaba en brazos al más pequeño. Hacía mucho frío. Todo estaba húmedo porque había llovido.

Cuando nos dirigíamos a la casa de mi cuñada Albertina, volvimos a escuchar más disparos. La gente estaba en la calle, mirando hacia los cuarteles. 'Atacaron a los soldados', exclamaban con preocupación. Yo sabía que la lucha era en el cuartel, que ahí tenía que ser. No saludé ni me detuve con nadie, yo iba concentrada en avanzar con mis cinco hijos. Cuando llegamos a la casa de mi cuñada, no me sorprendió verla afuera. La vi a los ojos y entendí lo que ocurría. 'Temo que estén ahí mis hermanos Salomón y Salvador', me dijo. Claro que están, pensé yo, pero nada respondí. 'Tengo que esconderme, no tardarán en buscarnos', le dije. Nos llevaron a la troje. Estaba llena de paja, maíz, aperos".